

semifundidas dan origen á divisiones siempre nuevas, apenas inteligibles para los Italianos que consideran esta cuestion como práctica y sencillísima. El hecho es que por ella vino á reprimirse en todas partes la libertad política, atendido el sólido refuerzo que las revoluciones prestan á las reacciones; pero progresó la libertad individual, y victorias y derrotas bautizaron á la renaciente nacion eslava. Entre vencedores y vencidos sobresale la Rusia, que crece en territorio, ó á lo ménos en influencia, á cada movimiento de Europa y á cada sublevacion de razas en Austria ó en Turquía. Ahora apoderada de las bocas del Danubio y mas enlazada que nunca con Austria, amenaza á Alemania y aspira á penetrar en el Mediterráneo, ella que hace cien años limitaba su ambicion al Mar Blanco.

Lo que salvó al Austria fué el no haber centralizado toda clase de autoridad en Viena, de modo que pudo resistir cediendo; y cuando el emperador fugitivo se vió reducido á Olmutz ó á Innspruk, todavía su situacion no podia decirse desesperada. Su vida es el ejército, que constante en la disciplina, no solo sabe resistir el fuego vivo, sino retirarse sin desórden y rehacerse hasta cansar y contener á los enemigos. Por lo mismo triunfó aun despues de destruido su órden administrativo. Verdad es que por otra parte debió conceder al poder militar mayor autoridad de la conveniente en un estado civil, y de aquí se originaron dos graves dificultades. La primera fué la de su reconstruccion, habiendo de introducir el gobierno representativo en un imperio educado en el absolutismo misterioso, é introducirlo entre el choque de las diversas razas y con la amenaza del cañon, mirado ya en todas partes como el único expediente para conseguir la obediencia. La otra dificultad era la que presentaba la deuda, la cual siendo ya enorme á causa de la guerra de Hungría, se aumentó con la compensacion de 15.000.000 de francos que hubieron de darse á los Rusos. El presupuesto de 1849 presentaba por ingresos la cantidad de 145 millones de florines, mientras que los gastos ascendian á doscientos ochenta y cuatro, de los cuales solo el ministerio de la guerra consumia ciento cincuenta y ocho, en vez de los cincuenta y cinco que habrian bastado teniendo al ejército en pié de paz. ¿Cómo desarmar al ejército mientras los pueblos no se tranquilicen? ¿Y cómo se han de tranquilizar los pueblos mientras duren los gobiernos excepcionales? Círculo fatal dentro del cual la situacion de cada país se empeora y se dificulta el progreso, aun cuando los gobiernos realmente lo quieran.

Mas aunque han perecido todas las Revoluciones de 1848, quedará de ellas el grandísimo fruto de haber procurado la emancipacion de las razas eslavas en el imperio, aboliéndose la sujecion de los colonos á los señores, la diferencia entre los bienes comunes y señoriales, las servidumbres de pastos y cortas de mon-

tes emancipándose las propiedades muebles y suprimiéndose sin indemnizacion todos los derechos procedentes de sujecion personal ó de patronato. Las provincias italianas estaban en posesion de todas estas franquicias hacia mas de un siglo, por lo cual no conocieron las ventajas, sino solamente los desastres de la Revolucion, y aquella igualdad no les ocasionó mas que perjuicios; mas para el resto de Austria fué tanto mas ventajosa cuanto mayor necesidad tenia de ella. Un gobierno meramente burocrático, despertado de su letargo, y penetrado de su deber, hizo ó intentó mas á la sazón en pocos meses que ántes habia hecho en siglos; y si sabe resistir á la tentacion de la venganza y á la reaccion, tiene delante de sí un ancho campo para hacerse bendecir de las diversas razas que se creían envilecidas ó muertas, y que ahora despiden el poderoso aliento de una segunda vida.

Nuevos y grandes obstáculos trajeron al Austria sus relaciones con Alemania.

En la edad média, el sacro romano imperio habia efectuado la union del Estado con la Iglesia, conservando lo que tenian de comun los pueblos de Europa: Dios, fe, ley, derecho eclesiástico y lengua latina; y su reciproca accion con los pueblos europeos del Mediodía, si causó conflictos, mantuvo tambien por otra parte una vida activa y vigorosa (1).

Perdióse este carácter entre religioso y político con la Reforma y la guerra de Treinta Años, y el Norte emancipándose de la accion moderadora del Mediodía, cayó bajo el influjo de sus monarcas, que ocasionaron su decadencia. La

(1) En la constitucion de 1848, en vez de valerse de las fuerzas vivas é históricas, se pensó en desmoralizar al país, poniéndolo bajo el pié que hubiera deseado Francisco I, aunque no con los mismos principios, y sin las grandes ideas que no son menester para acostumbrar los hombres á gobernarse ellos mismos. Félix Schwarzenberg era hombre de talento, y aunque engañándose, hubiera transformado el Austria en alguna cosa moderna. A lo que él murió, no quedaron mas que necios, como Baol, hombre de ufana inexperiencia, y Bach, mezquino revolucionario y fanático centralizador; los cuales hicieron fácil, si no acarrearón, la pérdida de la Lombardia. Sucedíóles Rechberg, en 1859; entendía algo mejor la índole del país, y echaba de ver que mas le convenian las instituciones inglesas que las francesas; pero que no debía concederse todo de golpe, sino ir llegando por medio de la discusion del parlamento central y de las dietas particulares. Pero semejantes procedimientos no pueden ser oportunos mas que en tiempos de tranquilidad. Amenazado en Italia por la Francia, contaba con que sería invencible su ejército, y aguardaba, para publicar la constitucion, que hubiese ganado la victoria contra los Franco-Sardos. Los acontecimientos no fueron conformes con sus esperanzas, y la derrota paralizó el movimiento. Despues volvieron á empezar Schmerling y el mismo Rechberg, sin condescendencia forzosa con la Revolucion, y sin adoptar de repente planes mal estudiados, y ni tampoco bien entendidos por sus autores, conforme sucede cuando se cede á la presión exterior ó á clamores vulgares. Ahora está el Austria haciendo esta grande experiencia, separándose de las tradiciones de Francisco I, y confiada en la libertad, aunque entendida de un modo diferente de los Franceses. El que deseara una relacion extendida del movimiento actual puede consultar P. De Hauville, *Les institutions representatives en Autriche*. Bruselas, 1863. Tal vez se hallaría que aquella obra es un panegírico; pero puede muy bien contrarrestar las diatribas de aquellos Italianos que inician como son: no comprenden que á un enemigo no se le debe despreciar sino examinar con mucho peso.

paz de Westfalia recompuso la Alemania, convirtiendo de electivos en hereditarios muchos principados eclesiásticos, aumentando el territorio de otros, y sobre todo separando á los Católicos de los protestantes. Jefe de los primeros era el emperador, elegido por costumbre antigua de entre los individuos de la casa de Austria, y así este y el imperio se hallaron con intereses distintos y con la desconfianza de potencias émulas en lo interior, mientras que en lo exterior cada Estado obraba independientemente del poder central, hasta el punto de hacer sin él la paz, la guerra y las alianzas. Cualquier príncipe era mas fuerte que todo el imperio junto: el ejército federal era escaso, heterogéneo, y poco acostumbrado al manejo de las armas, y la autoridad central se manifestaba tan laxa que se hacian ligas separadas como las antiguas de Suabia y de las Ciudades Anseáticas, y como las posteriores que se llevaron á efecto con motivo de la guerra del Norte contra Luis XIV y por causa de la sucesion al trono de España. El emperador no publicaba los actos generales (1); y cuando á la muerte de Carlos VI la corona pasó un instante á la casa de Baviera, los archivos se mezclaron de tal modo con los de Austria que no hubo medio de separarlos.

Así la Alemania, bajo la dependencia nominal de una familia, desmenuzada entre varios principillos, olvidada de su antigua constitucion y del tiempo en que caminaba á la cabeza de la civilizacion cristiana, aliada con extranjeros, sin sentimiento patrio ni idea de interes único, desfallecia en medio de la Europa, que al nombre aleman asociaba ideas de pereza, lentitud y grosería.

Napoleon despojó segun su capricho á los príncipes, haciéndolos indemnizar con bienes del imperio, de donde se originaron nuevas injusticias, violencias y rapiñas y el funesto deseo de engrandecerse cada cual á expensas del vecino. Cuando se hizo la paz en 1815, se habria podido reconstruir vigorosamente la nacionalidad germánica; pero despues de tantas violaciones, y aunque de los trescientos cincuenta Estados alemanes solo sobrevivian treinta y ocho, se ostentaba respeto á la legitimidad y á las tradiciones, tanto que en la Confederacion fueron comprendidos solamente los antiguos territorios imperiales, excluyéndose los nuevamente agregados, por ejemplo, los que se dieron á la Prusia y al Austria. Despues de los ejemplos dados por el despotismo napoleónico, las libertades populares causaban sombra y hastió á los príncipes; los pequeños temian que el poder director disminuyese su independencia, y por eso sostuvieron la potestad absoluta de los soberanos confederados. Así quedaba debilitado el vínculo federal, mientras no se estableciesen mejores reglas y se deter-

minase la fuerza del ejército. En cuanto á leyes, estatutos y costumbres, reinaba una chocante variedad; en muchos puntos continuaban la jurisdiccion patrimonial y los terrenos nobles, y por consecuencia el vasallaje y la desigualdad de los tributos y derechos; y en algunas partes como en Mecklemburgo y en Hannover los nobles y el clero estaban exentos de contribuciones. Ademas la Dieta, representando la arbitraria voluntad de Austria y de Prusia, la impuso á los pequeños Estados y por miedo á los pueblos impidió que se diese ensanche á las libertades.

Á dar á la Alemania cierta unidad dirigió la Prusia constantes é ilustrados esfuerzos. Esta potencia, mejorada en su forma con la agregacion del ducado de Posen, la Pomerania Sueca, el gran ducado del Rin y una buena parte de Sajonia, Westfalia y Franconia, creció en la paz mucho mas que con las guerras. Formada de elementos heterogéneos, con posicion artificial, conoció su propio destino y lo abrazó con aquella franqueza que convierte los errores en ocasion de triunfos; así siendo la última que vino á formar parte de Alemania, se hizo centro de las memorias y de las esperanzas germánicas; reunió en su universidad la flor de los talentos, y tratando de fundir en una sola las diversas Iglesias protestantes, procuraba extender su omnipotencia administrativa hasta sobre las conciencias, si bien no podia esperar una armonía racional entre creencias que ya por sí mismas son una separacion (1).

Despues se buscó en los intereses la conformidad que no podia obtenerse de las ideas, dándose con la liga aduanera á la mayor parte de Alemania unidad de intereses públicos. En ella venia á tener el primer lugar la Prusia, porque Austria no podia entrar con sus dominios de Hungría y de Italia, ni queria sin estos; y la ambicion prusiana, ménos disimulada despues de la muerte de Francisco I, turbó aquella armonía con Austria, que á pesar de la naturaleza y de los antiguos celos se habia introducido. Entretanto el amor de la nacionalidad, acaso instigado por una política extranjera, tendia á separar á los Eslavos de los Alemanes, con los cuales están unidos ó confundidos, y un diluvio de escritos hostiles al Austria revelaban una trama en que los liberales se gloriaban de ser actores, mientras que no eran sino maniqués.

Sin embargo, cada vez se hacia mas necesaria la union germánica para oponer resistencia á la Rusia por un lado y por otro á la Francia, que aspiran la una á poseer las orillas del Oder, la otra á establecerse en las del Rin. El espíritu teutónico se enfervorizó un instante cuando la Francia á consecuencia del tratado

(1) Apenas podemos citar sino los de Carlos VI para la uniformidad de las monedas.

(1) Eichorn, ministro de Instruccion pública, declaraba que « solo al rey competia el derecho y el poder de dar reglas á la conciencia de sus súbditos; los cuales obedeciendo sus órdenes no incurrian en ninguna responsabilidad, pues que esta no podia recaer sino sobre el legislador.

de 15 de mayo de 1840 hubo de hacer protestas amenazadoras y de alegar el humor guerrero de sus naturales pidiendo las fronteras del Rin. Multitud de opúsculos sostuvieron y rechazaron tales pretensiones; la juventud alemana juraba morir en defensa del territorio germánico, y aun se hablaba de recobrar la Alsacia que sería su antemural, cantándose en todas partes la nueva marsellesa de Becker: *No, no lo tendrán el libre Rhin alemán*. Así las potencias predominantes en Europa por hacer un desaire á la Francia, en cuanto estuvo de su parte habían lanzando á Alemania en una guerra á que era ajena, y de la cual no fué la prudencia de los diplomáticos quien la libró, cuando la Francia evaporándose como acostumbra en huecas palabras y en charla sonora, volvió á ponerse de acuerdo con los demás gobiernos de Europa.

Hervía entretanto la imaginación de los Alemanes, y aquella filosofía germánica, que apoyada solamente en la razón pura diviniza al hombre, los inclinaba á repudiar toda clase de tradición para construir solo sobre ideas absolutas. El espíritu democrático que de aquí nacía cobraba nuevo ardor por efecto de las reuniones de los estudiantes y de los esfuerzos de las sociedades secretas, no menos que por los escritos que atacando á los príncipes, siempre débiles con los fuertes y tiranos con los pueblos, minaban los cimientos de la autoridad. Las contiendas religiosas que los reyes no habían tenido en un siglo incrédulo y positivo, renacieron con inesperada lozanía; pero si algunos llevaban á ellas sus sinceras convicciones y usaban del derecho protestante del exámen individual, los mas bajo aquel velo reclamaban franquicias políticas é instituciones legales, ó aplicando el racionalismo á los problemas vitales del hombre y de la sociedad, ostentaban el cruel valor de quitar á la juventud las creencias que fortifican y consuelan (1).

Por tanto, gran número de escritores preconizaban una revolución mucho mas radical que la francesa, que trastornase no solamente la religión, sino también la moral, una guerra de treinta años hecha con las armas despues de la que se venia haciendo de veinte años á aquella parte por medio de las cátedras, de la imprenta y de las canciones populares.

Con la nueva escuela, entusiasmada por ideas absolutas y fundada en la soberanía del pueblo, contrastaba la escuela histórica, que rechazando las cámaras y la representación nacional moderna, prefería los Estados provinciales deri-

vados del antiguo derecho germánico ó de las libertades aristocráticas, populares y eclesiásticas de la edad média en cuanto representaban, no opiniones volúbles, sino franquicias positivas, y cuya reorganización tenían por único remedio para poder evitar el absolutismo administrativo y militar é impedir la decadencia de la nacionalidad.

Los liberales mirando al Austria ó á su ministro como obstáculos á todo progreso legítimo, se unían á la Prusia, ó creyéndola resuelta á caminar con ellos, ó queriéndola obligar á hacerlo en premio de su adhesión. Y á decir verdad, mientras Austria envuelta en los mezquinos recelos que habían determinado la conducta de José II, no sabía ponerse francamente á la cabeza de los Católicos, y dejaba este primado á una potencia secundaria, la Prusia procuraba reunir á todos los protestantes en una sola Iglesia, dándole por centro á Colonia: Austria tenía súbditos de diversas razas, entre los cuales los Eslavos preponderaban hacia mucho tiempo sobre los Alemanes, al paso que la Prusia, cuyos súbditos, á excepción de una sexta parte, son Alemanes todos, halagaba á los pensadores y mostraba á los doctos tanto favor como Austria desprecio. Por otra parte, en contacto con los pequeños Estados germánicos, se esforzaba hábilmente en conciliarse su voluntad, haciendo recaer sobre otros el odio que excitaban sus propios rigores (1). Austria, sin querer salir de su sistema patriarcal, ocultaba hasta el bien que hacía, mientras Prusia lo publicaba en altas voces por medio de los dispensadores de la gloria; continuando el movimiento de emancipación popular iniciado por los grandes ministros Stein y Hardenberg, desvinculaba las propiedades, y dividiéndolas en pequeñas porciones, aumentaba el número de ciudadanos activos. Pero aquel rey no había querido nunca cumplir la promesa hecha en 1813 de dar una constitución, y solo otorgó el permiso para que se reuniesen Dietas provinciales, donde estuviesen representados los diversos estados y corporaciones con voto consultivo en materia de impuestos: derecho ilusorio, pues que no podían hacer proposiciones al gobierno. También se negó á conceder á las provincias del Rin la conservación del juicio por jurados que habían tenido bajo el Imperio francés. Federico Guillermo IV, su sucesor (1840), renovó la promesa siempre eludida de convocar los Estados Generales, y la imprenta y la discusión, á las cuales se había dejado alguna libertad con la esperanza de poderlas contener dentro de cier-

(1) Desde 1825 á 1845 en el gran ducado de Posen se formaron 1,733 propiedades de peñones; 34 mayorazgos; 3,643 habitaciones de obreros asalariados; en Silesia las pequeñas propiedades tuvieron un aumento de 4,135, y los cálculos hechos en 1831 demostraban que en el reino se habían formado 46,694 propiedades nuevas además de 412 que serían y 17,925 habitaciones de obreros. Es decir, que se habían desvinculado 49,000,000 $\frac{1}{2}$ de yugadas de tierra pertenecientes en libre arriendo á nuevos poseedores, casi todos villanos ó siervos antiguos. Véase *Le Portefeuille de 1846*.

(1) Herwegh escribía: « Quien ha insultado á Dios, bien puede desafiar á un rey. Guillermo Mair: Quiero grandes vicios, delitos sangrientos, colosales; cese de una vez esa moralidad trivial, esa virtud mezquina y enojosa; » y Tschek: « La Alemania necesita una refundición radical, religiosa, social: si en esta operación la Iglesia y el Estado pe- recen, tanto mejor; el hombre social saldrá de ella mas puro. » Otro tanto repetían Heine, Hoffmann, Von Fellersleben, Feuerbach, etc.

tos límites, lo obligaron á reunirlos en 1847. Hombre de estudios y de ciencia, partidario de la escuela histórica, al abrir las sesiones protestó contra las cartas y constituciones escritas, declarando que las instituciones debían apoyarse con preferencia en los precedentes del país y en la armonía entre el rey y los súbditos. Este tono y las atribuciones tan limitadas que se dieron á los Estados Generales disgustaron hasta tal punto, que disolvieron los Estados Generales en medio de una grande irritación por una y otra parte, y el rey que con semejante convocación del pueblo para cooperar á ciertos actos del gobierno, creía haber mostrado gran generosidad mas bien que cumplido con deber ninguno, no se manifestó dispuesto á repetirla. Pero entretanto subía la marea popular, el de los demócratas en Suiza dió estímulo para tentativas contra los gobiernos de Baden y de Württemberg, la Revolución de París enardeció los ánimos, y el rey tuvo que prometer que reuniría periódicamente los Estados. Á cada uno de estos pasos de Federico Guillermo se comparaba su conducta con la del gobierno austriaco, vi-tuperando en este su terquedad en continuar los inveterados hábitos del añejo sistema de administración; pero en aquel tiempo estalló la Revolución de Viena, el emperador de Austria prometió la constitución, é inmediatamente se puso en conflagración toda la Alemania. Tremolábase entonces los colores encarnado, amarillo y negro; las peticiones se truecan en exigencias, los discursos en sublevaciones; en Munich los estudiantes expulsan á aquella concubina del rey que había hecho expulsar á los Católicos, y el rey abdica; Berlín se conmueve; muchos perecen, y el rey se ve obligado á ir á contemplar los cadáveres, á amnistiar y á prometer reformas.

Hemos tenido ya que describir tantas sublevaciones, que podemos dispensarnos de repetir los sucesos de las que acaecieron una tras otra en Berlín, hasta que Federico Guillermo por librarse de las manos de los vencedores en las barricadas, se proclamó rey alemán, convocó como los otros una constituyente, y como los otros cuando la vió atacar sus derechos soberanos, ó por mejor decir cuando él mismo se vió con fuerzas, le disolvió prometiendo una constitución fundada en los principios por ella proclamados, y reformando entretanto los tribunales y los procedimientos. Convocó en efecto las cámaras; pero mostrándose estas en abierta oposición con sus ministerio Brandeburgo-Manteuffel, las disolvió por no querer separar á los ministros.

Posteriormente sancionó la constitución, la cual tenía alguna semejanza con la de Bélgica. Las dos cámaras eran elegidas por sufragio de dos grados, representando la primera los círculos y componiéndose de ciento ochenta individuos mayores de cuarenta años que se relevaban anualmente. Todos los ciudadanos mayores de veinticuatro años eran llamados á elegir uno

por cada doscientos cincuenta habitantes, y este era elector de los miembros de la segunda cámara, los cuales representaban las poblaciones, se renovaban de tres en tres años y recibían indemnización. El impuesto debía votarse todos los años, y además de proclamar la igualdad, la abolición de los privilegios, los fideicomisos, las servidumbres, garantizar las acostumbradas libertades y asegurar á los empleados contra la arbitrariedad de sus superiores, la constitución dejaba libres las conciencias, los cultos, la instrucción, la asociación, de manera que los derechos municipales y políticos eran independientes de las opiniones religiosas; las Iglesias todas eran iguales, no tenían ningún vínculo con el Estado y se correspondían directamente con su propio jefe.

Para garantizar esta carta, creyó el rey que bastaba su real palabra y la veneración que á Dios profesaba; pero los liberales en nada se fiaban menos que en palabras de reyes, y como en aquel tiempo se rechazaba el equilibrio de los poderes, se pidieron la cámara única y la elección directa.

Mientras la cuestión interior trafa acalorados los ánimos, la Prusia no perdía la ocasión de reformar su mala configuración con aumentos territoriales, y principalmente la de ponerse á la cabeza de la Alemania. Con ambos objetos incorporó al reino los principados de Hohenlohe y Sigmaringen y agregó á la Federación Germánica sus dominios eslavos.

Los diversos países de Alemania desde poco antes de la Revolución de 1848 hervían en una agitación liberal, y casi todos habían obtenido la abolición de la censura, la participación del tercer estado en los negocios públicos y reformas electorales y jurídicas. Además cuando tanto se hablaba de nacionalidad, pareció llegado el tiempo de satisfacer tantas esperanzas estrechando los vínculos de los varios países de Alemania, de manera que de federación de Estados se convirtiesen en Estado federativo con una sola constitución, una sola bandera, una sola diplomacia, un derecho único y general de naturalización alemana, y un solo jefe que fuese el verdadero superior de los treinta y siete príncipes, y del cual como de un centro común emanasen todas las libertades populares. Jamás había sido tal cosa el emperador de Alemania, por lo cual no tenían razón los que presentaban como una restauración histórica aquel edificio enteramente nuevo. Para fundarlo se necesitaba quitar la independencia á los diversos países, algunos de los cuales como Austria y Prusia eran potencias de primer orden y no podía creerse que se resignaran á someterse á un jefe electivo.

Semejante pensamiento tenía, pues, mas de especulativo que de práctico; pero los doctos de Alemania, cuando asientan un teorema, lo aplican con seriedad y pertinacia. Corrían entonces días rosados en que se creía en la omnipotencia de la opinión, en las revoluciones pa-

1848.
Febrero.

17 de
marzo.

18 de
marzo.

1849.
Abril.

1850.
Febrero.